

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

LOS de Filipinas, quisiera titular esta glosa. Pero no es por el contumaz guerrero japonés que se rindió, al fin, en una isla para nosotros remota. Vengamos más cerca. De vez en cuando, un espacio de doce o quince renglones es ocupado en los periódicos españoles por el fallecimiento de "un último de Filipinas". Suele ser teniente honorario, próximo a los cien años de edad, que "hacía vida normal, mantenía perfectas sus facultades mentales", etcétera. No hace mucho, por ejemplo, don Nicolás Mercader Saura, el único en toda la provincia de Murcia. Noticia triste, como lo es siempre la muerte; pero diluida en una niebla legendaria. En realidad, ya las hazañas de Cavite o frente al cubano Maceo nos sonaban, a cuantos llegamos al uso de la razón en tiempos de la República, tan lejanas como don Pelayo triscando por Covadonga. Habían pasado cerca de cuarenta años.

Intriga pensar en un hecho que acaso puedan contemplar nuestros ojos, con auxilio de vitaminas y testovirones. Bien entrado el siglo XXI, pongamos por ejemplo el año 2020, "El Pensamiento Astorgano" (número 24.237, año CXVII, puestos a imaginar), publicará la noticia de que en Castrillo de los Polvazares ha entregado su alma a Dios el más tenaz superviviente de lo del Ebro.

¿Y cómo se enfocará la cuestión? ¿En términos hervorosos, o en mera perspectiva respetuosa e histórica?

Queden colgados en el aire de Papalaguinda los bonitos signos de interrogación. (Lo cierto, por supuesto, es que para entonces seguirá de director el inmovible Magín Revillo. ¡Y que nosotros lo veamos!).

TARDE de domingo, Berlioz, "Sinfonía fantástica" a través de la radio. Siempre que escucho música programática, en la que se aconseja el apoyo sobre el manifiesto previo de las palabras, me planteo el problema de la interdependencia de

las artes. Hay ya bien de teorías sobre el tema, y además me faltan arrestos para intentar por mi parte ni siquiera un ensayo mínimo. Lo dejo, pues, en corta cavilación casera, que aún en letra impresa no tiene mayor pretensión.

Por cierto que el asunto me parece ejemplarizado en el tormentoso compositor francés, muy vivo ahora en la devoción de los melómanos. Luis Héctor Berlioz figura en las nóminas de la música, pero con similares probabilidades pudo haber caminado hacia el arte dramático; los pinceles (propugnaba la "pintura musical" de las pasiones); y sobre todo, la literatura. Leyó mucho. Escribía con talento. Virgilio le era compañero. Goethe le apasionaba. Y como era hombre de reacciones exageradas, salía llorando de escuchar en inglés a Shakespeare, con no saber él palabra de inglés.

Para la "Sinfonía fantástica", Berlioz redactó la correspondiente guía retórica. En el primer tiempo imagina el autor la obsesión de un joven artista por su amada ideal, en el segundo se describe una fiesta, el tercero es campestre desde el dúo bucólico hasta los negros nubarrones de la desdicha, el cuarto es un melodrama con suicidio que no acaba de ser suicidio, en el quinto y final es la fusión del "Dies Irae" burlesco y el círculo del aquelarre.

Y es lícito preguntarse: ¿Realmente hace falta esta llave para entrar en el gozo del poema sinfónico? Según Berlioz, sí: "El plan del drama instrumental, privado del socorro de la palabra, tiene necesidad de ser expuesto de antemano".

Pero acontece, también, que a uno le tienta el experimento de cerrar los ojos y convertirse en oyente rebelde, conspirando contra las intenciones demasiado expresas del creador. Entonces se comprueba que donde nos han sugerido las advertencias vesperales del Destino, nosotros podemos colocar un amanecer clamoroso frente al mar. Si la noche cae y el hombre fatigado se sienta melancólico bajo la lámpara a leer un libro -como prescribe el autor, ahora Tchaikovski, en carta a su amiga y protectora, sobre la Cuarta Sinfonía-, cabe la broma de imaginarse un pastor analfabeto impaciente por su próxima pitanza. Y donde digan que el oboe increpa al violín y éste se lamenta, uno cambia el orden y sucede que el violín increpa al oboe.

Personalmente, y ahora sí que renunciando a la más mínima especulación, prefiero elegir de la música "los fantasmas flotantes e indecisos" (que Unamuno esquivaba) y darles el esqueleto de mis propios argumentos, alejando -no sé si con pedantería o con modestia-, la dictadura del compositor.

Cualquier clase de dictadura